

La vida privada de los goles

Entrevista a Juan Villoro

Silvina Espinosa de los Monteros



A manera de calentamiento neuronal, previo al campeonato del mundo próximo a celebrarse en Alemania, editorial Planeta ha puesto en circulación Dios es redondo, del escritor mexicano Juan Villoro (Ciudad de México, 1956). Se trata de un compendio que subraya la doble potencia del juego que físicamente sucede en la cancha, pero también se recrea con intensidad en la mente de los espectadores gracias al poder de la palabra. Desbordante de metáforas y analogías, este libro de crónicas plantea un viaje alrededor del balón desde el África primigenia, pasando por la niñez y la afición de Villoro por el Necaxa hasta los paraísos del fichaje, el star system del balompié internacional, los excesos del Real Madrid, la increíble resurrección de Maradona, el recuento de los mundiales Francia 98 y Corea-Japón 2002, así como un par de entrevistas con Jorge Valdano.

En el libro dice que “la historia de Pelé iba a ser, en buena medida, la historia de una enmienda”. En ese sentido, su gusto por el fútbol también se determinó en condiciones de pérdida.

Pues sí, a mí naturalmente me hubiera gustado ser un gran futbolista, pero no tuve facultades para jugar en

México ni siquiera en la primera división. De modo que no me quedó más remedio que imaginar a través de la palabra y soñar por la noche los goles que pude haber metido en el Maracaná. La gente piensa que la vida consta sólo de acciones y yo creo que la vida consta también de posibilidades y de oportunidades perdidas. Cuando uno se acerca desde la literatura a un fenómeno como el fútbol, se interesa en qué hubiera pasado, por qué un futbolista que tenía todo para triunfar no lo hizo o por qué ese otro sí lo logró hacer. Me intriga esa especie de vida privada que respalda a los goles.

¿Cuál es el primer recuerdo que tiene de Ángel Fernández, el cronista que definió su vocación como escritor?

Lo primero fue “El juego del hombre”. Una frase épica que no necesita enunciar directamente al fútbol sino que lo trata como lo más natural, algo atávico que pone en juego la parte menos desarrollada de la civilización humana que son los pies, lo más primitivo, lo más tribal que tenemos. Otra frase que recuerdo de Ángel Fernández fue cuando Gistóbal Ortega debutó en el América, en un partidazo para



un novato: “Señoras y señores, hemos vivido en el error. América descubrió a Cristóbal”. Y así por el estilo, hacía juegos con el lenguaje que eran totalmente inesperados para mí. De niño yo era muy aficionado a los astronautas y estaba al tanto de los cosmonautas soviéticos como Yuri Gagarin. En una ocasión, un defensa de la Unión Soviética, Chesternev, chocó con otro jugador y salió por los aires. Y entonces Ángel Fernández dijo: “Chesternev vía *Sputnik* a Rusia”. Esas cosas me dejaban embobado.

¿Las asociaciones le revelaron el poder del lenguaje?

Sí. Hasta ese momento yo pensaba que el lenguaje era algo utilitario relacionado con defenderte de alguien en la calle, obedecer a tus padres o tratar de justificarte ante un regaño. Para mí, el lenguaje era un medio de supervivencia y no un juego mágico. Lo que Ángel Fernández hizo fue convencerme de que se podían decir las cosas de otro modo. Que alguien podía ser *El hombre de la sonrisa fácil* como Cabhino, el delantero, o *El gran Cyrano* como le llamaba a Enrique Borja. Como era niño, no sabía que aludía a Cyrano de Bergerac, pero sí me daba cuenta que eran asocia-

ciones relacionadas con datos, conocimientos y mitos. Además, me asombraba la capacidad que tenía para mezclar lo culto con lo popular, citaba un poema de Pessoa y a continuación el fragmento de una canción ranchera.

De ahí que mucha gente fuera al estadio con un radio de transistores.

Sí, porque el partido se desdoblaba en otro al ser narrado por Ángel Fernández. Y, bueno, hay anécdotas muy reveladoras al respecto. Cuando Jorge Valdano, futbolista argentino y hombre de palabra, ganó la final en la cancha del Estadio Azteca en México 86, sintió una emoción tal que se le trabó en el cuerpo y no pudo llorar como lo hicieron la mayoría de sus compañeros. Después de muchos años, estaba corriendo en un parque en Madrid, y para matar el tiempo, se puso a escuchar narraciones de partidos. Entonces, quiso la casualidad que una de esas narraciones fuera la del gol que él metió en aquella final en la voz de un gran cronista argentino. Hasta ese momento, Valdano pudo revivir la escena con una fuerza que nunca antes había sentido, incluso siendo el protagonista del gol, y sólo

Yo me definiría como un comunicador de circunstancias, el que retoma un balón, que parecía perdido, y se lo da a otro para que se luzca.



así pudo llorar. Lo que te habla del valor emocional de la palabra.

RITUALIZAR LA PASIÓN COLECTIVA

¿De dónde le viene el gusto por los espectáculos masivos? Ha realizado crónicas de fútbol, de conciertos de rock, pero también lo he visto como espectador en la Plaza de Tóros México.

Ah, ¿sí? Bueno, a mí me gustan muchísimo todas las formas de la pasión colectiva. La cultura contemporánea se define en buena medida a través de los espectáculos de masas. Vivimos una sociedad que está muy volcada hacia el espectáculo, lo cual tiene visos muy miserables, de mucha especulación, de mucha distorsión y, desde luego, de una explotación económica gruesa. Pero también tiene que ver con la ritualización de la vida, con la forma en que la gente delega sus emociones y organiza determinadas comunidades. Me interesa mucho la posibilidad de recuperar la infancia perdida a través de los deportes, de establecer contacto con el niño que fuimos y con la tribu del comienzo. Es difícil entender cómo es una sociedad, si no entendemos de qué manera se apasiona y organiza sus ilusiones tanto en el deporte como en la cultura popular. Ya que ahí, dentro de estas pasiones, la gente encuentra una forma de administrar su vida: de enamorarse, de cobrar venganza o de resistir ante la adversidad.

Por cierto, ¿de qué manera influye ser apasionado del Necaxa, un equipo que no fue campeón durante cincuenta y siete años?

Los que le vamos al Necaxa tenemos un gran temple ante la adversidad y una capacidad de resignación muy grandes. Mira, cuando José Woldenberg se hizo cargo del Instituto Federal Electoral (IFE) yo tuve oportunidad de hablar con él y le dije:

Te va a ir bien porque eres necaxista. Sólo alguien así tiene la paciencia necesaria para afrontar el posible descrédito de las elecciones, implementar un sistema confiable y estar ocho años oyendo las disputas de los partidos. Sin duda, es tarea para un necaxista.

Él estuvo de acuerdo, además de que desempeñó su trabajo muy bien.

Es que conocía de adversidades...

Los necaxistas hemos sido testigos de que desapareciera de la primera división y reapareciera para ser comprado por otro equipo: el archidiado América; hemos visto cómo ha cambiado de nombre y cómo se ha ido a una ciudad lejana como Aguascalientes. Es como si hubiésemos tenido que encarnar el libro de "Job" de la *Biblia* para probar nuestra fe. Creo que es una forma un poco extraña de curtirte, pero ayuda a afrontar la realidad.

JUEGO DE TAHÚRES

Si al futbolista que está en una concentración se le pide una mezcla de atributos imposibles como: narcisismo extremo, vocación de monja de clausura y capacidad para tolerar

hedons de presidiario, en este nuevo orden de la aldea global, ¿qué irracionalidades se le exigen al escritor de los grandes consorcios editoriales?

Depende de los escritores. Yo me imagino que hay una gran cantidad de presiones para autores como Dan Brown (*El Código Da Vinci*) o de una manera más moderada, Arturo Pérez-Reverte, de que vendan millones de libros. Son escritores que tienen que rendir y de quienes dependen editoriales enteras. Muchos autores podemos publicar libros gracias a que otros sí los venden (*señala, entre risas*). Esas presiones son muy grandes. Creo que para el escritor que tiene una búsqueda literaria, la gran presión es la de su propia sombra, la de no repetirse, arriesgarse y lograr ese difícil equilibrio de establecer conexión con el lector y al mismo tiempo desconcertarlo un poco, hacerlo que se dé cuenta de algo que no había pensado que se podía decir de esa manera. Yo creo que el escritor que a mí me interesa combina estos atributos. El gran peligro para él es hacer demasiadas concesiones o bien alejarse de la legibilidad, ser demasiado complejo y no establecer sentido con el lector.

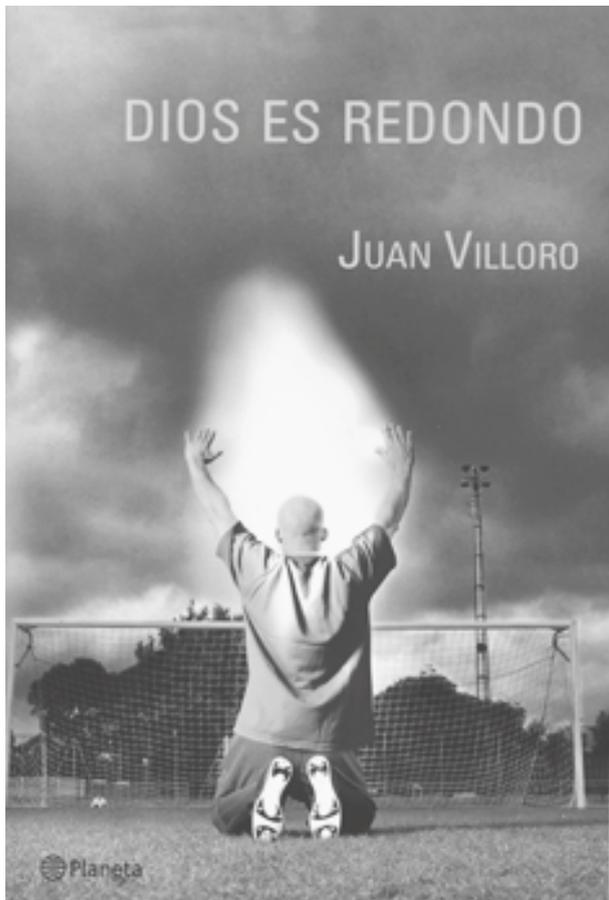
En el libro usted dice: “Cada crack ha tenido al lado alguien que lo superaba y desapareció sin que se supiera nada de él. Un muchacho sin nombre fue mejor que Cruyff o el joven Di Stefano”, en este sentido, ¿de qué suertes depende figurar como escritor de éxito?

De muchos azares. Cervantes, que algo sabía del tema, dijo: “La literatura es un juego de tahúres”. Así que: “Paciencia y barajar”, como en las cartas. Y tratar de hacer tu mejor esfuerzo. El éxito literario es una categoría muy resbalosa porque depende de suertes, modas, compadrazgos, distorsiones de mercado, ¿no? Entonces yo creo que el escritor debe tratar de ser fiel a su estrella, escribir con sentido del riesgo, tratar de aportar algo distinto, pero no preocuparse demasiado de la forma en que es leído. Porque el escritor que empieza a escribir en función de eso deja de respetar su propia estrella y quiere complacer en exceso.

Además, quizá solamente, Pelé recordará si en algún juego de barrio había alguien mejor que él.

La literatura está llena de casos de escritores extraordinarios que se quedaron en el camino, algunos murieron en el anonimato, otros se quedaron como clásicos locales. El mayor poeta mexicano, Ramón López Velarde, es un poeta que en buena medida sigue siendo desconocido fuera de México. Y, bueno, existen malentendidos culturales. Uno de mis escritores favoritos, Juan Carlos Onetti, durante años estuvo en la sombra y ahora no es que haya salido de ella; es conocido, pero no es tan leído como podría serlo. Otro autor que cuando yo era más joven se leía fervorosamente era Henry Miller. Sus obras se comentaban muchísimo y hoy en día ha caído en desgracia. Es muy difícil conse-





guir sus libros y nunca sabes bien a bien por qué. Yo creo que el escritor no debe estar tan pendiente de sí mismo. Por supuesto forma parte de la vanidad humana el estar pendiente de la reacción que pueda tener un libro nuestro en los lectores, ya que el solo hecho de publicar es una forma de establecer contacto. Entre vender libros y no venderlos, será mejor venderlos, pero el objetivo central nunca puede ser sólo ése.

Usted dice que en la literatura sólo hay campeones de invierno.

Sí, porque la literatura es un arte de especulaciones, de mundos posibles que no se expresan en esta realidad. Es muy arbitrario y ególatra exigir que la realidad que tú has creado, ese mundo alterno, tenga plena

vigencia en este mundo. ¿Por qué va a ser así? Si la gente se mete en esa forma privada de la utopía, pues es una maravilla. Pero lo importante es que tú como autor respondas a lo que quieres que sea ese libro. Yo discuto mucho mis borradores con mis amigos, porque necesitas la crítica de ellos y salir de ti mismo. Una vez que te han dicho tus errores, que has corregido varias veces, ya ese libro tiene una vida propia. Y si le va bien, pues qué bueno.

¿Incluso si es premiado?

Sí, incluso si es premiado. Aunque, como te digo, no puedes escribir en función de los premios... ya que te impediría seguir avanzando.

LA GEOMETRÍA DE LA BELLEZA

Si como escritor tuviera que definirse en términos futbolísticos, ¿en qué posición jugaría?

Uuuyyy, no. Las autodefiniciones son totalmente engañosas. Yo me definiría como un recuperador de balones. Hay un jugador que se llama Makelele, que se dedica exclusivamente a recuperar balones y a dárselos a los grandes *cracks*. Yo me definiría así, como un comunicador de circunstancias, el que retoma un balón que parecía perdido y se lo da a otro para que se luzca. El cronista tiene mucho que ver con esto. Es como el cartero de una novela epistolar, no es el que escribe las noticias pero es el que las lleva.

En la literatura y el fútbol hay muchos paralelismos. ¿Qué concluir de ambas formas de arte que deparan tantas glorias y tantas decepciones?

Tanto la literatura como el fútbol tienen que ver con la posibilidad de jugar. Ambos, son juegos cuyo disfrute depende de la capacidad de atenerse a reglas rigurosas; en ese sentido son formas de la exactitud, sólo para comprobar que la eficacia es una forma de la belleza. Que una jugada bien trazada es tan eficaz y hermosa como una frase impecable.

Me hubiera gustado ser un gran futbolista, pero no tuve facultades para jugar en México ni siquiera en la primera división. De modo que no me quedó más remedio que imaginar a través de la palabra y soñar por la noche los goles que pude haber metido en el Maracaná.